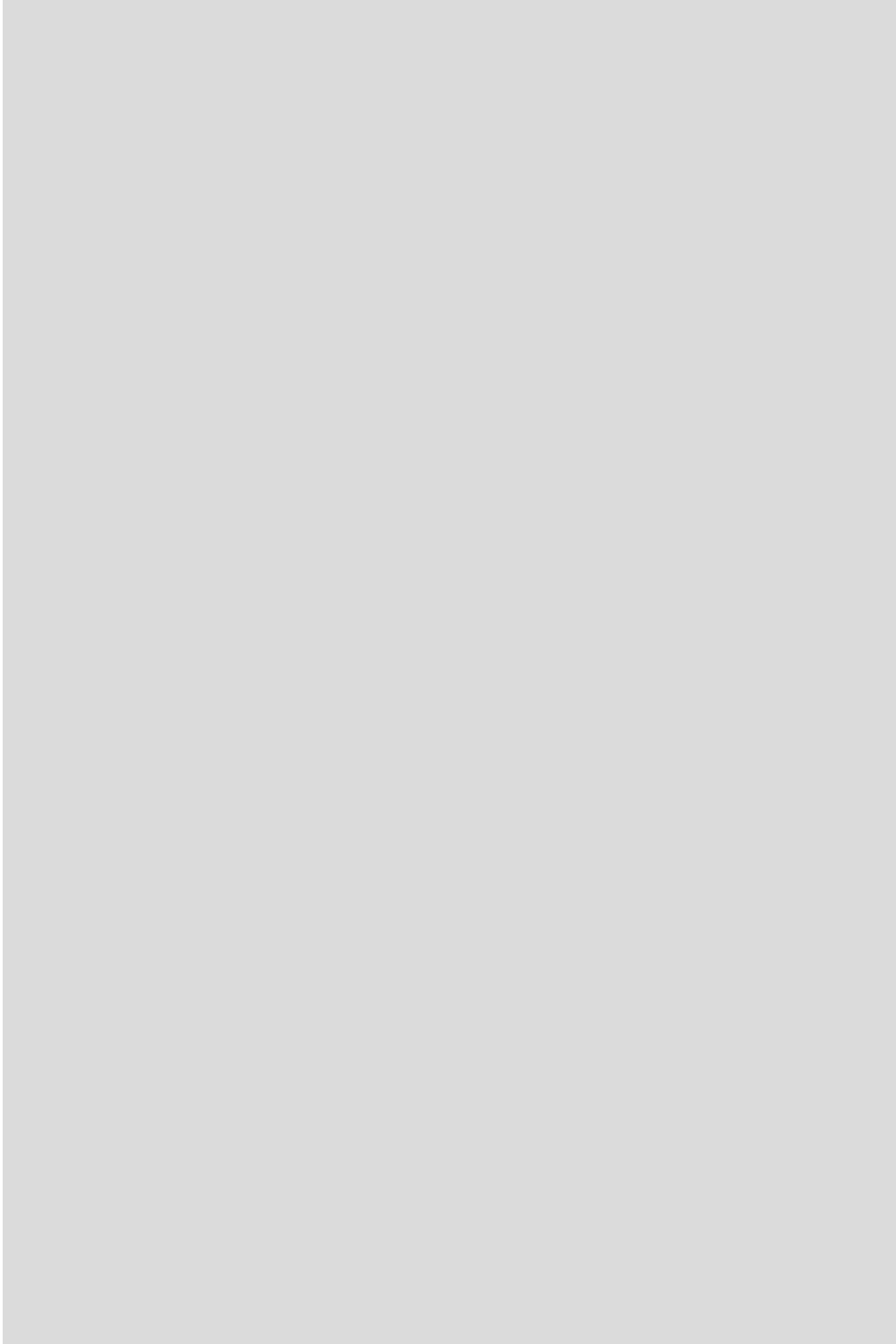


ZENT-GAKÚZ Y LA ESPADA DE LOS EL

RAÚL H. AGUIRRE CAZASOLA



Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

—Ya el frío pasará Bartés —dijo el viajero al vislumbrar la frontera. Su voz tenía el vigor de la esperanza—. ¿Escuchaste esos trinos...? Son las voces de la alegría. Prodigiosas aves habitan este reino. Pronto llegaremos a la Novena Torre, la ciudad fortificada. Se dice que es el preludio de un mundo, dentro de este mundo, pero inimaginable. Pronto sabremos si los rumores son ciertos, comprobaremos con nuestra propia respiración si su aire es mágico como cuentan.

—No te hagas muchas ilusiones —replicó el ronco Bartés—. Las historias siempre se exageran para ser dignas de ser contadas.

En la universidad Arriena había oído esas historias. Que el aire de aquel reino olía a un alcanfor dulzón combinado con densas especias y flores que evocaban el olor puro, incorruptible, fresco. Un olor que limpiaba pulmones y alimentaba al corazón con efluvios de armonía envueltos en gruesas hebras de convicción. Un fenómeno conocido como Graelía. Incluso en las versiones negativas de Paranal se hablaba de sus colores. Eran más vívidos, más brillantes por la pureza de aquel aire.

El istmo de Kuntkay —Tierra del Olvido en idioma ancestral sureño— cerca de la frontera, en su parte más estrecha, se lo creía encantado, que era una antecámara de un portal a la dimensión donde «todo es posible.» El viajero se sacudió la incredulidad cuando, al cruzar la frontera, el clima cambió de sopetón. Venía lidiando con el viento torpe del invierno caliginoso agachando su cabeza encapuchada. Le había escarchado su abultado gabán de piel de lobo gris, como antes había escarchado sus sueños de juventud. A pocos pasos en ese reino fue recibido por una brisa cálida que le palpaba, tal amante respetuosa, el afilado rostro. No le punzaba con puntas gélidas, parecía tener la firme intención de soplarle la lasitud.

El ánimo del viajero, ajeno a la efervescente temperatura, destiló el fastidio del oso polar cuando esta fuera de su hábitat. A fuerza de costumbre prefería las glaciales y perniciosas desolaciones, el optimismo le escocía en hombros y espalda. No era normal esa sensación en el Sur.

Se vio obligado a despojarse de su grueso gabán. Sin su cuero gris jaspeado dejó de ser un lobo de las nieves, para volver a ser hombre común, débil y enjuto, muy a su pesar. Se quitó los

guantes de foca y se bajó la capucha de la chompa de lana marrón que había sombreado su rostro durante su extenso trayecto. Exponer su afilado aspecto era preciso para que la treta tuviera más posibilidades de éxito. El équido también hubiera querido despojarse del distintivo *yakuto*, sus gruesos y largos crines que le adornaban la cabeza y el cuello y parte de su lomo, además de sus cuatro canillas, le correspondió adaptarse lento al irritante fueguito que es la nueva vida para el conformista. Ese no era su clima. Como buen *yakuto* estaba equipado para sobrevivir las infructuosas temperaturas del polo sur.

Los ventisqueros y el camino embarrado se convirtieron en pasto verde y tierra seca. El desierto blanco se tiñó de colores y se plagó de naturaleza irradiante en cuestión de algunos metros. El viajero venía con la expectativa de encontrar un ejército vigilante o al menos una guarnición de cien hombres que patrullaran las fronteras con su país, y no un bosquecillo con membrudos encinos, alcanfores y quercus en formación, a los lados de un camino casi desaparecido por la maleza. Solo se oía el ronquido de la brisa y trinos desplegados en el dilema.

Se adentró despacio al camino que atravesaba el bosque y, al ser divisado, una barahúnda de pájaros se desató entre los árboles y la suspicacia. Ninguna piedra, altozano o distancia fueron tanto obstáculo para el viajero como la inquietud provocada por los amigables, pero cuenteros, azulejos que volaban entre aquel alboroto. Obligado por la irresolución se detuvo en breves consideraciones de espía. No fue difícil calcular el potencial peligro. Un común se habría renovado en la inspiración de la belleza en movimiento, en la magnificencia de colores volando, en los cantitos de gratitud que estremecían el alma; el viajero, de manufacturados ademanes, se puso nervioso.

—Esta no es una fiesta de bienvenida... —aclaró a Bartés a los pies de la barahúnda—. Es la alarma por haber avistado al enemigo.

Pájaros rojizos y pardos, y tordos y naranjos, de tamaños gallináceos, volaban en un caos ordenado, ninguno chocaba con el otro. Tres azulejos se desprendieron del barullo para sobrevolar encima del viajero, presumiendo sus vehementes plumas azules que resaltaban sus picos grises. Melodías penetrantes entonaban, ininteligibles, soberbias.

El viajero giró su cabeza por reflejo, algo asustado, esperando que la blanca caja cerrada de madera laqueada a modo de cofre, con la rareza de cientos de diminutos orificios por los seis lados, atada con dos correas a las ancas del equino, no se moviera. Se admiró

de verla quieta, sin sacudidas o ruidos que la delataran. Admiró la destreza del marasmo físico que solo se alcanza en el universo del silencio.

«Es un guerrero, está bien entrenado», pensó con alivio, sabiendo que de un modo u otro el tamaño de la caja llamaría la atención.

—Las aves nos observan. Es justo aquí que no debemos levantar ninguna sospecha —pronunció a media voz para que la caja con orificios le oyera y tuviera precaución—. Ya no falta nada, el esfuerzo ha dado sus frutos. Estamos cerca de la paz y el descanso, a un paso de la Novena —agregó, intentando atenuar al feroz cansancio.

Desde la guerra del Aresivni, cuatro siglos atrás, los azulejos, prestando su camuflaje natural: la inocencia de pajarito, eran entrenados para avizorar a los forasteros o patrullas o barcos, con especial esmero, desde la invasión de las hordas sureñas a la cabeza de los egapricos, a los del Sur.

—Antes se creía que el pico de azulejo era mágico —dijo el viajero asombrado de los visos metálicos de esos picos—. En otros tiempos se los cazaba para quitárselos y venderlos como amuleto.

—Antes se vendía cualquier cosa que diera esperanza —añadió Bartés—. Sobre todo en el Sur, donde tanta falta nos hace...

—Ahora pensamos con más lógica que esos vulgares picos son solo un instrumento de la cautivadora melodía. ¿Qué es un pico sin su mágica melodía, sin la vida que la entona?

—Pues nada. Una reliquia de la barbarie...

—La humanidad se ha estancado en las reliquias. Apenas un puñado hemos despertado a la nueva era de la mente. Y todo gracias a los dones de la Insigne. Este reino la ha mezquinado, es un regalo de los dioses que pertenece al mundo entero.

—Yo no entiendo. ¿Por qué la gente usa amuletos? ¡Picos de azulejo! A mi me parecen bonitos en sus cabezas, sin estas son solo basura...

—En el caso del pico de azulejo se creía que se podía oír su agudo trino si le prestabas oreja. Ese trino que estremece no solo la superficie sino, rompiendo barreras del ego, lo profundo del ser, otorgaba calma y bienestar, y sobre todo confianza, la llave de la prosperidad. Es que estos bichos son inteligentes, no le gorjeaban

a cualquiera.

—¡Qué inflados y hermosos son!

—Parecen un lienzo exagerado, una obra de arte en movimiento. Similares a los lienzos del pintor Gervasio de Baizan, un apasionado por la simplicidad de la vida, cuya visión muestra la alegría permanente.

Un azulejo con plumas pardas en el pecho dejó la mini bandada para posarse sobre la cabeza del equino, con cierto descaro, sin ninguna señal de miedo al forastero. Hizo una venia para saludar y algo trinoó que los viajeros no entendieron.

—¿Qué hace ese pájaro en mi cabeza? —Reclamó Bartés—. ¡Quítamelo, quítamelo, me está poniendo incómodo!

—Tranquilo kello, no seas grosero, estos pajaritos nos entienden y creo que solo quiere saludar. No tiene vergüenza, es inocentón, parte de una generación que no conoce depredadores. Por eso se acercan sin prejuicio... sin esa malicia que enfrenta las especies. Es una pena que no haya encontrado a alguien que me enseñe su piaril lenguaje.

—No me importa su lenguaje, son sus patas en mi cabeza las que me molestan. Si no la ahuyentas me sacudiré tan fuerte que aun tú te caerás. —El equino, a son de risa, soltó un abrumador relincho.

Bajo «amenaza» de caer al polvo, el viajero pidió con delicadas señas al fisgón, elevando la palma izquierda horizontal un par de veces, que alce vuelo, que se aleje. El ave accedió y dio unas últimas vueltas oteando sus bártulos: su atuendo, su carga cuadrada, en general, sus astutos ojos ocreos.

El alejamiento de los azulejos dio paso al avance del viajero. Las sombras le cubrían como una capa inversa, dándole frío y escalofríos. Vivía un momento crucial. Pronto se vería frente a la torre-vigía y no debía ponerse nervioso, aunque la caja con orificios le era una carga muy pesada. Fácilmente podría terminar en prisión de ser descubierto. «Después del bosquecillo se encuentra la Torre...», parafraseó.

Por fin venció las sombras del bosque. En el claro se dejó bañar por los rayos de la estrella Zula, le urgía calentarse y coger valor para presentarse como un sureño libre. Grande fue su desengaño —y también su consuelo— al encontrar a la torre-vigía, la novena del reino y última en construirse, abandonada. A vuelo de halcón

la calculó de menos de quince metros de altura. La ancha forma cilíndrica la evaluó efectiva para una defensa. El aspecto ruinoso y su tímida fortificación, fueron decepcionantes.

«Esto no se parece en nada a las terribles torres-vigías ahuyentadoras de enemigos», se dijo perplejo.

Los prolijos estudios de la historia del reino sobre el alcance, armamento y posibles debilidades, de las legendarias torres-fortaleza, que frenaban atacantes a larga distancia con sus afamados escorpiones, que podían partir hasta un equino por la mitad, los tildó de exagerados y hasta falsos. La descascarada construcción, contrario a sus pavorosas expectativas, tenía un aciago aire de incuria, con vegetación casmofítica entre sus rocas y ladrillos de barro cocido. Ya estaba vencida... por el tiempo. Sin siquiera un guardia que la velara ya no merecía prestarle más atención.

—Es una construcción impecable —comentó, no obstante.

—¿Ese montón de piedras abandonadas...? —relinchó el equino.

—Estará abandonada, pero está justo en el centro de la entrada del istmo. De seguro desde su guardia en la cima se debe ver toda la tierra de mar a mar. Un halcón fácil lo vería. Y sus escorpiones también.

Al bordear el terroso edificio llegaron a un pastizal extrañamente bien podado, que contrastaba con la dejadez de la torre. Peñas semi-lisas personificando mesas abstractas la salpicaban. La textura evocaba un lugar sagrado.

La entrada de la ciudad a un par de cientos de metros, se avizoraba con firmes chozas de madera y adobe, con sembradíos y bueyes y arados.

—Son campesinos aquí, no hay guerreros como previmos —dijo contrariado y a la vez campante—. Este no es un recinto militar.

—Se ve que son pacíficos. Espero que además sean lo suficiente listos para no resistir lo inevitable...

—Debemos buscar una posada. —El viajero se limpió el sudor de la frente mientras la tremenda ciudad amurallada de sus pesadillas moría en el caserío de simples granjeros—. Tengo mucha sed.

—Agua para el equino —secundó Bartés al entender que habían logrado la primera victoria sin pelear— y vino para el jinete, para

sus entrañas de hierro. Hay que celebrar cada respiro...

En una calle polvorienta, ladeados de casas recubiertas de argamasa, que las exhibía lujosas, oyeron una agraciada voz femenina. Extendía una invitación a su fonda. La posadera, un eco sin duda de aquella belleza natural, no podía ser rechazada.

Las botas peludas de lobo dejaron una gruñidora y firme huella en la tierra. El viajero avisaba que un hombre astuto había llegado al reino. Las huérfanas canas a los lados de su mediana cabeza, expresaban una edad indefinida. Ojos sonrientes y activa elocuencia, invitaban a confiar en él casi de inmediato. Eran parte de las habilidades adquiridas en el arduo entrenamiento de ser «invisible.» Era un experto en el uso del arma más letal de la civilización: las palabras oblicuas, medias verdades, medias mentiras, emociones ambiguas. Con la astucia por garra, impeditivo de la brusca reacción, era el perfecto zorro de las nieves que solo ataca si es estrictamente necesario. Y tenía un escudo: el control del ímpetu. Su bronceado por el reflejo de las nieves eternas, sin asomo de ninguna cicatriz, no era usual para un sureño de los Pueblos del Sur, país polar de clima por poco excoriante. Más se asemejaba a un aristócrata de Kefaxwe.

Donde otros mirarían con ilusión, el viajero lo hizo con desdén y hasta con cierta pelusa, la posadera de grandes ojos cafés, bondadosos y sutiles, ostentaba un terso cutis cobrizo y radiante. Deslumbraba de suavidad. Invitaba a la caricia tierna. «Las sureñas tienen la piel manchada, dura y áspera; no hay mujeres como ella en mi país. Hasta el clima nos ataca, nos recorta la bonitura; pero nunca ha podido mermar nuestro coraje», pensó mientras la veía de soslayo.

—¿Qué pasó con el vigía de la torre? —Preguntó con cautela después de llenarse de sopa y vino patero, al salir del local—. Me dijeron que debo presentarme ante el vigía para obtener un pase de libre tránsito. Pero la torre... creo que está abandonada...

—Oh, ese edificio está abandonado hace años. Encontrará al vigía en la plaza del pueblo, a dos calles de aquí, en la Rectoría. Es un edificio de dos plantas. Lo notará al verlo. Ahora son rectores los que fueron vigías.

—Le agradezco por sus atenciones —se despidió.

—Vaya con bendición, buen hombre. Tenga buen viaje. Ah, le será fácil reconocer al rector, es el único del pueblo con el pelo

plateado...

El viajero forzó una media sonrisa antes de tragar sus peores temores. Ese distintivo tipo de cabello significaba la presencia de un marfieldano. Entre todos los peligros, el peor, en su condición. La victoria obtenida por el pueblo granjero sin ejército a la vista, se esfumó ante la sombra del plateado que empezó a perseguirle en su huerto de secretos. Revivía el peligro, y multiplicado. Hubiera preferido enfrentar a cien hombres armados.

En la plaza de la ciudad, un verdadero jardín de flores exóticas como los colosales acianos, en una especie de homenaje a la negativa de claudicar, se paseó por un trayecto respirando profundo el perfume de la belleza, calmante de los acelerados latidos. Dejar de temblar y mostrarse natural era imperioso o su misión acabaría antes de empezar.

En su recorrido tras el rastro hipnótico del esplendor, llegó al centro de la plaza. Ingentes rosas rojas que adornaban los pies del obelisco, una suerte de espada gigante, le ayudaron a su recuperación de aliento. En un momento dado se le pasó por la mente el verbo huir cuando, curiosamente, entre los floricultores que removían la tierra de una jardinera, vio ese temible pelo plateado del que tanto había oído. Le pareció ver a un ser celestial que espantaba como la tormenta a un navegante. El vigía estaba allí, frente a su turbación, dirigiendo el plantío.

—¿Es usted... el vigía... de esta ciudad?

—Soy el rector, amigo —respondió el «cabello de plata»—. Ya no nos dicen vigías desde hace mucho.

—Me dijeron que debo presentarme a usted para obtener un pase de tránsito. Sueño con conocer la Insigne...

—¿Qué? ¿Aún no tienes un pase? ¿No te lo dieron en el puerto? ¿O por dónde entraste al pueblo?

—Entré... por el sur... —respondió confundido—, por el istmo...

—Ah, eso explica lo del pase y la desubicación. Ya no llega nadie por ese lado de la frontera, si no me equivoco, hace más de una década, por eso abandonamos esas dependencias de Inmigración. Debes ir a la rectoría, a aquel edificio —señaló con su índice por sobre el hombro de su interlocutor—, para que te den un pase.

«¿Eso es todo?», se preguntó el viajero mientras se alejaba, gesticulando con los ojos del fiasco. Cargar tanto miedo durante

tantos años, ¿había sido inútil? Cuando alcanzó el suficiente dominio de sí mismo, comprendía que esa carga siempre fue innecesaria. Sin inspecciones ni incisivas preguntas ni investigaciones exhaustivas, sus entrañas dejaron de acalambrarle.

—Hey, sureño —le gritó el rector cuando se dirigía a la rectoría. Por un momento le volvieron a temblar las piernas al creerse descubierto— ¿Supiste de algún movimiento extraño en tu país de eternos nevados?

—Nada, supongo. —Recurrió a su entrenamiento, aplacó sus nervios—. De lo que se habla es de Saslanya, la gran ciudad que se ha erigido con la unión de varias aldeas de las montañas Surgun. —No le convenía mentir.

—¿A qué te dedicas en tu aldea? —Las palabras refinadas del forastero despertaron la curiosidad del rector—. Veo que no eres hombre de trabajos duros y me pregunto ¿cuál será tu oficio?

—Es usted muy observador, señor vi-gí-a, digo... rector —respondió con entereza—. Soy lo que llaman «brujo» en mi aldea, aunque yo prefiero llamarme doctor. Me dedico a curar el alma con los olores de la naturaleza. Y el cuerpo después se cura solo.

—Vaya con Dios, doctor, que el Fha-Pou le acompañe en su camino. Es una gran verdad la que carga, no puede haber una auténtica curación si no se equilibra la energía interna primero. —El marfieldano se despidió con su conocida amabilidad, aunque en su vientre le rascó una alerta.

El viajero colocó su mano derecha en su corazón, por honestidad, inclinó la cabeza, por reverencia, se tomó del vientre, por agradecimiento: la típica despedida de su aldea.

Tan pronto como pudo salió de aquella pequeña ciudad, más por temor que por urgencia. Huía de los penetrantes ojos de halcón del hombre que parecía más que hombre. Quedarse otro minuto innecesario en la rectoría de un marfieldano, expuesto a sus extraordinarias habilidades, teniendo mucho que esconder, sería una necesidad de proporciones deletéreas.

A los seis o siete kilómetros se vislumbro un cruce donde se permitió suspirar. Aminoró el galope solo cuando dejó de sentir los ojos del halcón clavándose en sus grimas. «Creo que estoy paranoico», pensó respirando con la intensidad que desea absorber pizcas de sosiego.

—Lleve higos secos para su largo viaje, amigo —le sobresaltó la voz de uno de tres comerciantes apostados en ese cruce. Sus carretas con sacos grises y opacos, metidas entre la tupida vegetación, ladeaban los caminos.

—Estoy bien. Tengo provisiones suficientes —contestó con una tenue sonrisa—. Pero una ayudadita me caería bien, ¿qué camino debo tomar?

—El camino de la izquierda va para la Cuarta, después a la Primera y de ahí queda cerca Ciudad Burbuja.

—En realidad todavía no voy para la Insigne, quiero ir a la costa del mar Sanken. Quiero visitar a un amigo.

—En ese caso debes tomar el de la derecha, pero encontrarás otro cruce que te llevará a la Séptima o a la Segunda. De cualquiera de esas ciudades verás la costa. Que el Fha-Pou te acompañe, viajero.

El fardo de pavor obtenido en el encuentro con el marfieldano, con el objeto de evitar patrullas de las Fuerzas del Orden, le llevó a alejarse de los caminos reales, los que unían las capitales del reino. Se los reconocía por su anchura y sus adoquines guindos. Su deber era cuidar su delicada carga cuadrada, la caja con múltiples orificios. Las rutas alternas evitarían excesivas auscultaciones o curiosos impertinentes.

—Hemos tenido bastante fortuna —comentó después de viajar por tres tardes y tres noches. Descansaban en el bosquecillo por las mañanas.

—Supongo que sí —secundó Bartés—. ¿Querías caminos poco transitados? Creo que eso que dices, la fortuna, ha estado de nuestra parte.

—Este mapa antiguo ha servido de mucho. Solo espero que no estemos perdidos —ansió mientras devolvía el mapa a la alforja de la cintura.

—Si viajaríamos de día, sin miedo, como buenos guerreros, avanzaríamos más rápido. Me siento más fuerte que nunca, siento que podría galopar como el viento de otoño.

—¡Jeh, relájate Kello! ¡No tengo miedo! —refutó el viajero, al cazar la alusión—. No confundas el miedo con cautela. Debo cumplir la misión más importante de mi vida. Nuestra misión. Debemos dar

pasos de plomo... Jamás dirán que el hijo de Bernon ha fallado...

—A mí no me molestaría que digan que su equino murió cumpliendo su deber, dando su mayor esfuerzo. Eso merecería todo un homenaje.

—Pensando otra vez de forma egoísta, como si solo importaras tú. Nuestra misión está mucho más allá de una honorable muerte. Eso es arcaico, de tiempos primitivos donde confundían el honor con martirio. De nosotros depende un país entero, miles de vidas postergadas en el olvido. Somos la punta de lanza de la justicia. La vergüenza de nuestro pueblo se transformará en salud y bienestar, en un mañana más asequible si tenemos éxito.

El equino quedó en silencio, meditabundo. Solía hacerlo ante la elocuencia de su jinete casi siempre inobjetable.

Descansaban poco durante el viaje. La urgencia de deshacerse de la caja con orificios se volvió un pesado ladrillo en el vientre cauteloso del viajero. Sin importar las rutas elegidas, a través del bosque, por en medio del río o trepando colinas, sentía mil ojos observándole con flechas que en cualquier instante se clavarían en su falsa parsimonia. Aparecía algún granjero curioso, algún otro viajero importuno, algún recolector de frutas con mirada de espía, algún... alguien que hundía sus ojos en la llamativa caja con orificios. Apenas saludaba y se alejaba apremiante de las preguntas. Al borde de la asfixia por miedo, que renació cuando aquellos ojos de halcón se le incrustaron en su decisión de dar la vida si era necesario, se calmó respirando profundo. Así entendió que era su obsesiva imaginación, él mismo, que atraía al peligro, el que quizá no lo era. De cualquier forma no siempre podría decir que la caja era el ajuar de sus utensilios personales.

Por fin desde un sendero montañoso estrecho, agreste y resbaladizo, pudieron vislumbrar, desde lo alto, la zona de cultivos buscada. El viajero respiró bocanadas de alivio sin medirse, sabrosas, lenitivas.

Por su parte a Bartés ya le había impactado el bosque vívido desde la llegada al reino, ahora quedaba hipnotizado por la belleza de ese esplendoroso olimpo. Hasta el asqueroso e insufrible polvo se le le antojaba agradable. La insuperable vista a su derecha mostraba los trigales como un mar de fuego, ardiendo con los rayos de la estrella Zula. La refracción escasamente dejaba ver más al fondo, al inmenso mar, sonriente, bailarín, saludando con sus olas al crepúsculo que se pintaba en el horizonte. Apartó la vista cansada por el reflejo y se topó enfrente con las montañas rojizas con picos cubiertos por nubes guardianas celosas de revelar

sus misterios.

Se adentraron a los sembradíos embobados por las espigas de maíz tan altas como una jirafa. Avanzaron entre las espigas de trigo que emulaban un bosque de «árboles dorados.» Encontraron el plantío diferente, el campo de avena grisáceo, deslucido junto a los otros, pero no menos hermoso, con emoción pueril. Se presentaba como un oasis en el desierto del viajero. Su mitigado corazón obsequió relajantes suspiros al divisar desde el serpenteante y angosto sendero la deteriorada granja del propietario.

—¡Dicha, varón! Tenga buenos días —saludó apoteósico—. Busco a Dogarium, hijo de Erum. Vengo de Los Pueblos del Sur, traigo...

—¡Tú jamás serías de algún valeroso pueblo del Sur! —Irrumpió el granjero, examinándole de pies a cabeza—. Más pareces una ramera de Baizan que un guerrero.

El silencio se pronunció ante el inesperado recibimiento. El jinete, tieso sobre su equino y mudo por el impacto de las expresiones del más fidedigno y puro rencor, observó ofuscado las gruesas arrugas cuadrículadas en la frente y en las sienes del moreno granjero. La desgarrada barba, el canoso y desaliñado pelo, la camisa ligera de algodón beis sobre los amplios hombros, las piernas cortas con un pantalón azul con suspensores, el pulcro bronceado que reemplazó al tosco austral y las ronchas, ya no mostraban al Sur. Solo el aire temible y los ojos oscuros con el resentimiento ancestral por los años de duros trabajos, las hambres y el frío, delataban al corazón sureño.

—Veinte años vengo esperando —añadió el granjero ante la desazón del visitante—, iveinte años... esperando alguna noticia del Sur! Ya casi no tenía esperanza. Pero esperaba un ejército, al menos un hombre robusto con callos en la frente, un verdadero guerrero.

—Es usted Dogarium, hijo de Erum. Su estirpe sureña es inconfundible. —El viajero no perdió la urbanidad pese al tosco recibimiento—. Entiendo su desconcierto. Pero he venido a decirle, le guste o no, que ha empezado...

—Entonces, ¿al final está pasando?

—Así es. El tiempo de letargo ha terminado. —El viajero desmontó cuando el granjero alisó su entrecejo—. Existe un plan muy elaborado que se llevará a cabo sigilosamente. Entenderá que no puedo darle todos los detalles, ni yo mismo los sé todos. Y nadie

podría predecir el tiempo que esto tardará. Dependerá de cuán rápido nos movamos nosotros. ¿Contamos con usted? ¿Su lealtad está aún viva...? —Al tenor de esas revelaciones acarició con su mano derecha, sutil y firme, la empuñadura de la daga escondida en el cinto de su espalda lumbar.

—La pregunta ofende. Dhenko confió en mí. Y no he de fallarle a la sangre de mis hermanos. —La voz del granjero se humedeció con una llovizna de nostalgia.

—Me alegra escuchar eso. Y me gusta este lugar. Es muy adecuado...

—¿Adecuado para qué?

—Traigo un paquete que deberá quedarse con usted. —El viajero se sentó sobre una silla de madera sin permiso de su anfitrión—. Y este lugar se ve adecuado para ejecutar su cometido...

—Me dijeron que serían diez años, quince a lo mucho, ya perdí..., estaba perdiendo las esperanzas. Pero ni un solo día he renunciado a ser quien soy. Sé lo que hace este aire; estos vientos traen el soplo de la Burbuja. Tuve que vivir aislado en mi propia mentira, solitario como un ogro prisionero. Sientes que la gente te espía y te persigue. Es difícil aparentar ser un común campesino cuando sabes que eres un guerrero. Mi esposa me ha dejado... hace unos añitos. Vive en la Séptima, a doscientos kilómetros de aquí. No está lejos, con mis dos... tres hijos.

—Tu esposa, tu familia, ¿han cambiado? Es decir... ¿saben de estos planes? ¿Serán un obstáculo?

—Ella sabía algo, claro. Algo que es nada. Pero eso no importa ya, ellos no se van a meter; si no, yo mismo lo voy a arreglar. Todo cambió, pues, cuando ha nacido mi hijita. Ellita no es como nosotros, tiene el espíritu de esta tierra, tiernita, dulce, inspiradora de amor. Le ha cambiado a mi mujer gravemente. También querían que cambie yo y que me olvide de todo; pero yo no puedo olvidar la sangre de mis hermanos, ellos me hablan en sueños, no me dejan que les olvide.

Dogarium no se atrevería a confesar, ni siquiera a sí mismo, que no era ya ese hombre que emigró del Sur sediento de venganza. Desde que nació su excepcional hija se convirtió en un hombre gentil, lo que para él era signo de debilidad. Cuando vio el primer parpadeo de esa niña cayó en un abismo de dulzura. Cambió su agreste naturaleza. Un caudal de esperanza le rebalsó. Por primera vez creyó que la paz interior era posible, pese a que sus toscas

creencias siguieron latentes.

—Me alegra saber que aún contamos contigo. Este lugar es perfecto, te decía, porque tengo que dejarte esto. —El viajero puso la caja con orificios en una mesita de patas enanas, al alcance de su anfitrión que se había sentado en la mecedora de la galería.

—¡Qué es esto...! —Prorrumpió al abrirla apretando las palancas ocultas—. ¡Hace años que no veía un accipiter gris! ¡Es hermoso! Y tienes razón, aquí va a estar bien, escondido. Casi no hay patrullas por aquí.

—...y si lo ven volando cuando salga a cazar, creerán que viene del otro lado del mar, de Treiban o de algún otro lado de Paranal.

—¿Eres su Cetrero?

—No. Es un príncipe entrenado en los desiertos de nieve desde que era un polluelo. Su padre entendió que atrofiar su crecimiento sería ventajoso. Pero igual vuela tan veloz como un águila. Conoce su oficio, no tendrás que alimentarlo ni nada. Su misión es tan importante como la mía.

Los ojos del ave brillaban a la par de la naciente luna. Medía apenas 48 centímetros y se podía adivinar su potente vuelo en la finura de sus grises alas, las plumas eran filosas casi como navajas. El pálido amarillo de las plumas de su pecho era diferente al amarillo de sus iris, que eran tan estridentes igual al color del asesinato.